

CANTO A LA SOLEDAD

No me sorprende, soledad, que rondes
en los últimos años de mi vida
la puerta de mi casa. Bienvenida.
Ayer te quise y hoy me correspondes.

Sé cómo llegas, sé dónde te escondes,
sé cómo y dónde excavas tu guarida,
pero te tengo ya tan asumida
que paso de los cómo y los dónde.

Aquí estoy, justiciera generosa.
Sigue entrando en mi casa cada día
y sigue –como anoche- siendo hermosa,

porque hasta que llegaste, no sabía
que a los que no tenemos otra cosa
la soledad nos hace compañía.

Aquí estoy, soledad. Tengo anotados
tus poemas de escarcha en mi libreta.
Te tienes que acordar. Soy el poeta
que lloró cuando fuimos presentados.

¿Sabes? . No lloro ya. Versos llorados
me impiden ver la soledad completa.
Al borde del camino, en la cuneta,
fui dejando mis llantos enterrados.

Porque te quiero ver de otra manera.
Quiero que impregnes mis atardeceres.
Quiero gozar tu soledumbre entera.

Y hablando de gozares y querer
déjame que te diga, compañera,
que yo te quiero amarga, tal como eres.

Te quiero porque llegas puntualmente
-pocas noches olvidas nuestra cita-,
y porque es silenciosa tu visita
-poco silencio habrá tan elocuente-.

Porque no existes cuando estás ausente



-poca es la gente que te necesita-,
siendo a la vez un ágora infinita
-pocas plazas habrá con tanta gente-.

Aquí estoy, soledad. Te estoy cantando
poniendo el corazón en mi balada.
Contigo de la mano voy llegando

hacia una noche ya sin madrugada.
Sólo tú seguirás conmigo cuando
lo que no seas tú no sea nada.
